

Domingo, 30 de diciembre de 2012

Billete de vuelta



La familia

Francisco García
fgarcia@epi.es

Defender la familia no es ser de derechas. Cuando el suelo se hunde, las fuerzas flaquean, la ilusión se marcha y las horas amenazan frecuentemente tormenta, siempre queda la familia, la pulsión imborrable de las raíces, el abrazo fraterno. No

existe institución más perdurable y, sin embargo, tan atacada en tan convulsos tiempos. Somos padres, somos hijos; eslabones necesarios de una sólida cadena. Podremos estar lejos unos de otros, podremos transitar senderos diferentes, pero siempre acudiremos a la llamada invi-

sible de la sangre. Ánimo, llámenos retrógrados a quienes apostamos por la familia aquellos que huyen de lazos y compromisos, quienes denigran de la expresión de los sentimientos de cercanía. También a ellos, cuando lo pierdan todo, les quedará el asidero fiable de la familia.

Un momento vital

El magistrado Carlos Martínez-Marigorta, juez de Grado desde hace 6 años, no creía demasiado en las formalidades indumentarias ni en la liturgia de la justicia, pero una enseñanza de su maestro y una anécdota de 2004, más experiencias posteriores, entre ellas una que recuerda aquí, le hicieron cambiar de opinión.

Cuando el juez Martínez-Marigorta era mocín

La experiencia convenció al magistrado de la necesidad de la liturgia en la administración de la justicia

Javier CUERVO

En su primer día de prácticas, Carlos Martínez-Marigorta lucía melenilla «borroka», pero vestía traje y corbata. Su tutor, el juez Pablo Martínez-Hombre, le miró de arriba abajo:

—Muy bien. Así todos los días.

Al juez en prácticas le precedían una innecesaria fama de surfista y noticias de un carácter revoltoso como delegado de clase en la Escuela Judicial.

Días después, a media mañana, le telefonó Julio Martínez Zahonero, amigo desde la Escuela Judicial de Barcelona, competidor en la oposición que —insólitamente— había aprobado el mismo día y ante el mismo tribunal que él.

—Necesito un favor. Tengo, desde las 9 de la mañana, a una señora de ochenta y tantos años que ha denunciado un robo en su casa. Una pareja se hizo pasar por revisores del gas y la desvalijaron. La mujer está cansada y nos falta un modelo para la rueda de reconocimiento. ¿Puedes venir tú?

Las ruedas de reconocimiento se hacen en un bajo del Palacio de Justicia. Es una sala separada por un cristal y unida por 4 puertas. El joven juez se quitó la americana y la corbata, se desabrochó el cuello de la camisa y se puso junto a otros cinco modelos. Su número era el 4. El sospechoso, que llevaba el número 3 —metro sesenta, pelo rizado, cetrino, algo bizco, pendiente y camiseta— miró a los otros, los encontró poco parecidos a él y comentó:

—¿Qué me cago'n mi madre de rueda ye ésta?

A orden del juez titular, el juez en prácticas preguntó a la mujer si reconocía, sin ningún género de dudas, a algunas de las personas que tenía delante como una de las que habían robado en su casa.

Tras un poco de vacilación, con voz quebradiza, la señora afirmó.

—Eeel cuaaatro.

Risas apagadas. El imputado miró de reojo a Marigorta:

—Gondíos, chaval, vas pa Villabona.

Con paciencia, el juez Martínez Zahonero insistió.

—¿Está usted completamente segura, señora?

—Home, toy viéndolu en la cocina. El cuatro. Y el cinco también andaba por allí...

El cinco era agente de juzgado.

Al acabar todo, un policía reprodujo a Marigorta un comentario del imputado: «El que más pinta de delincuente tenía, el juez».

A Martínez-Marigorta aquella anécdota le sirvió para relativizar la fiabilidad de algunas pruebas de reconocimiento y también la percepción de su propio aspecto, pero le reafirmó en el acierto de ir adecuadamente vestido al trabajo.

¿Qué razón tenía don Pablo!

Pero a veces...

Juicio de faltas, sala llena.

La denunciante, bastante mayor, presentaba cargos contra dos mujeres que, decía, le habían gritado «gocha, puta, que no te lavas el coño».



El juez Carlos Martínez-Marigorta Menéndez, en Oviedo. | NACHO OREJAS

La denunciante estaba en la ventana de un cuarto piso cuando vio pasar a tres mujeres.

—Elles diben echá les cartes.

—¿Quiere decir que iban a jugar

una partida o a pasar el agua o...?.

—Elles diben echá les cartes, mocín.

El joven juez tuvo la sensación de que no mandaba en la sala y se

la reforzó que cuando declaraban las denunciadas aquella mujer gritaba «ye mentira», hablaba cuando quería y todos los intentos de su abogada para que mantuviera las formas eran en vano.

La mujer presentaba dos testigos. Una mujer —a la que llamaremos Maruja— y «el mi home».

Maruja entró en la sala con su pelo violeta ahuecado con laca y la boca entreabierta. Cuando el juez la llamó por su nombre, ella dio una vuelta entera sobre sí misma, sin encontrar la voz.

—Perdone, no oigo mucho.

La acercó al estrado, le tomó juramento.

—Yo lo que quiero ye decir la verdad.

—¿Qué pasó?

—¿Tengo que decilo?

La mujer repitió lo que había sido motivo de la denuncia.

—¿Cómo es posible que lo haya oído desde un cuarto piso, sin estar asomada a la ventana, y apenas me oiga a mí, que estoy a su lado? —le preguntó el juez.

A la señora, muy nerviosa al ir a contestar, se le saltó la dentadura postiza, la atrapó con la mano contra la cara y acabó colocándola. Al secretario se le cayó un bolígrafo y, debajo de la mesa, pudo reírse sin ofender a nadie.

El marido de la denunciante era calvo salvo por una mata blanca en forma de herradura que parecía hacerle una aureola, tenía las cejas muy pobladas y los ojos cerrados muy fuertemente.

El juez le notó desorientado.

—¿Sabe dónde está?

—En el Juzgado

—¿Sabe quién soy yo?

—El juez.

—¿Sabe por qué está aquí?

—Fai veinte años, la mi fia...

El juez le interrumpió, le reorientó, le recordó que debía responder a las preguntas y, por resultar cercano, le comentó: «Y abra los ojos, que no soy tan feo».

—Da igual, soy ciego...

Marigorta no creía demasiado lo que estaba pasando, pero como empatizaba con la abogada —que no podía con su cliente— decidió dictar sentencia oralmente para evitarle que tuviera que explicársela a su defendida.

—Señora, no es que no la crea, es que usted dice una cosa, ellas dicen otra, usted presenta dos testigos muy cercanos e inhábiles porque uno no oye —con lo que no es posible que haya oído los insultos— y otro no ve, luego no puede identificar a quien los hizo, si los hicieron. Voy a absolver.

—¿Qué ye, que el mi maridu non val?

—Puede recurrirlo, si quiere.

—¡Ta compincháu, ta compincháu!

Hubo que sacarla de la sala.

Fue la última sentencia oral que dictó Carlos Martínez-Marigorta, que está convencido de la necesidad de la liturgia, de la toga, del estrado y de la razón que tenía don Pablo.

Monopatín, música, kárate y cocina

Carlos Martínez-Marigorta Menéndez (Oviedo, 1975), hijo de abogado y de auxiliar de clínica en neonatología del Hospital, primero de seis hermanos, alumno del Colegio Palacio de Granda, estudió bien, patinó en la plaza de España —con la culera en la rodilla—, tocó con los «Cannonballs» y reencauzó la carrera de fondo de preparar una oposición en el Colegio Mayor César Carlos de Madrid para opositores de grupo A, en 2 años en los que conoció a gente brillantísima de toda España y aprendió a leer varios periódicos al día.

Sacó la plaza en 2003. Durante el curso en la Escuela Judicial de Barcelona, Iñaki González-Vega le metió en Jueces para la Democracia, que introdujo su visión social de la justicia. Es miembro de la sala de gobierno del Tribunal Superior de Justicia. Tiene compañera, practica kárate y cocina mucho, en parte gracias a su amigo Iván Feito, de Ca Suso.

Carlos Martínez-Marigorta con Julio Martínez Zahonero, hoy juez de Luarca, en la época de la Escuela Judicial en Barcelona (2003/04).

